

# UNIVERSIDAD de México

VOLUMEN XI • NUMERO 3  
MEXICO, NOVIEMBRE DE 1956  
EJEMPLAR: \$1.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

## TRES POETAS MEXICANOS

Por Fernando CHARRY LARA

### I. Ramón López Velarde

ALOS treinta y tres años de su vida, cuando muere, Ramón López Velarde (1888-1921) es autor de unos versos cuya intensidad lírica permite afirmarlos entre las grandes manifestaciones poéticas americanas. Años atrás, Manuel Gutiérrez Nájera, su compatriota, muere en plena juventud. Y recordamos que nuestro José Asunción Silva se pone voluntariamente fin, aún más joven, cumplidos apenas los treinta y un años. ¿Qué fenómeno se opera para poder decir que, sin embargo, pese a la brevedad preciosa de sus vidas, las obras de estos poetas habían llegado ya a una cierta perfección que nos hace dudar sobre si sus frutos posteriores hubiesen llegado a ser, o no, la posible culminación de aquellas? En ninguno de estos tres casos creo que la respuesta podría ser la de que, de haber vivido mayor tiempo, hubiesen escrito mejor poesía, en comparación de la que escribieron, Silva, o Nájera, o López Velarde. Cuando ellos mueren, culminan por igual su juventud y su poesía, y no olvidemos que parece ser una fatalidad de estas tierras la de que la labor más valiosa de sus artistas deba realizarse siempre en medio de los excesos, no siempre bien aprovechados, de la edad juvenil. Afortunadamente, Silva, Nájera y López Velarde constituyen muestras de juventud, pero también, y es lo importante, son, sin mayores discriminaciones, ejemplos notables, en su tiempo, de lucidez y de rigor poéticos.

(Aquí, una voz que no distinguo bien me dice: Ramón López Velarde podría haber sido el primer poeta mexicano de siempre. Iba a serlo. Murió demasiado temprano.)

Quienes amamos la poesía de México vemos en ella a Ramón López Velarde, en su "íntimo decoro", como claroscuro nube de resplandor y noche. La contemplamos vagar, lúcida y nostálgica, a través de su tormenta, entre voces inusitadas como relámpagos. Sus milagros continuos nos asombran. Hasta su barroquismo y sus dificultades nos seducen. Es poesía nuestra, a la que nos acercamos con impulso de lograr su atmósfera y cuidado de apenas rozarla, no la manche el afán de penetrar su misterio. Es una voz humana que se escucha, so-

litaria, junto a un inmenso latido. Reveladora de una angustia espiritual única, no nos niega tampoco su ternura. Como intensidad de expresión, es difícil hallar otra más aguda, más punzante, entre las que, en medio de las llamas de la pasión y de la inteligencia, han brotado en tierra y cielos mexicanos.

Sin embargo, Ramón López Velarde es poeta casi desconocido, por lo menos

fuera de su país. Han transcurrido ya cuarenta años desde la aparición de su primer libro, *La sangre devota*, y no parece ser mayor la difusión de su nombre, a pesar de que diversas colecciones poéticas le dediquen su atención y de que se haya escrito, por lo menos, un estudio admirable, el de Xavier Villaurrutia, para la interpretación de su poesía. Su obra permanece en una relativa penumbra, y la calificación y elogio que comúnmente se le hacen de ser un poeta de la provincia, si no de ser un poeta provinciano, contribuyen a empañar su figura literaria, su dibujo de por sí neto y preciso, confundiéndola en una niebla de sentimentalismo y simplicidad.

Porque no son tan sencillos los juicios acerca de una poesía que, en la apariencia de ser elemental, envuelve una complejidad que es su esencia verdadera. No me refiero a los rebuscamientos expresivos, que aparecen en estos versos. Se trata de un conflicto espiritual, exclusivamente: la lucha entre la religiosidad y el erotismo, tal como el drama suyo ya ha sido estudiado y tal como Ramón López Velarde, con una extraordinaria conciencia de sí mismo, supo poéticamente manifestarlo y explicarlo.

Un inteligente crítico de la literatura de México, ha dicho: "Con ser uno de los poetas mexicanos más auténticos con que hayamos contado en todas las épocas, desafortunadamente la poesía de López Velarde ha tenido que reducir su fama casi al solo ámbito de nuestro país, ya que la localización de los momentos más expresivos de su lenguaje y giros, y el que aluda a cosas muy íntimamente

mexicanas, ha impedido su transmisión plena para los países extranjeros." Quizás exista, en estas palabras de José Luis Martínez, una relativa exageración acerca de los aspectos netamente mexicanos de la poesía de López Velarde. Es cierto que en ella encontramos continuas referencias de ambiente a la vida de sus ciudades provincianas, algunos modos peculiares del lenguaje mexicano y hasta algunos vocablos del mismo. Es también cierto que su poema más conocido, el que lleva por nombre "Suave Patria", quiso su autor que fuese una a manera de síntesis de la nacionalidad. Pero nos preguntamos: ¿son aquellos aspectos poé-



Ramón López Velarde (\* 1888-1921 †)

SUMARIO: *Tres poetas mexicanos*, por Fernando Charry Lara • *La Feria de los días* • *Notas sobre John Locke*, por Eduardo Lizalde • *Las Fieras*, por Ernesto Mejía Sánchez • *Evasión*, por Alberto Bonifaz Nuño • *Tres ciudades mayas*, por Fernando Benítez • *El Valle del Mezquital*, por Juan Comas • *La huelga de Cananea*, por Carlos Villegas • *El teatro experimental en la Universidad de Chile*, por Domingo Tessier • *W. H. Auden en Swarthmore*, por J. Vázquez Amaral • *Crónica pesimista de noviembre*, por Carlos Valdés • *Jean Cassou*, por Elena Poniatowska • *Notas de viaje*, por Tomás Segovia • *Artes Plásticas*, por Justino Fernández. *El Cine*, por C. V. • *El Teatro*, por Francisco Monterde • *Libros*, por J. Fernández, F. Alegria, C. Valdés, A. Bonifaz Nuño • *Dibujos* de André Burg, J. Soriano, y A. Hacker.

ticos peculiares de México tan inseparables de los valores fundamentales de la poesía de Ramón López Velarde? Me atrevo a suponer que sí pueden ellos ser apartados, sin menoscabo grave de esa obra que, en sus manifestaciones más reconocibles, es poesía esencialmente lírica, en la que los elementos objetivos de color local ceden inevitablemente el paso a aquellos otros de carácter subjetivo y de significación universal. Esta poesía expresa ante todo problemas de la intimidad de la carne y del espíritu, conflictos que no pueden limitarse en el espacio ni en el tiempo, porque los ha tenido que padecer el hombre en todas las épocas y en todos los lugares donde ha ido errante su planta. Es, por ello, a pesar de su corazón guadalupano, poesía sin fronteras la de Ramón López Velarde.

Me parece que sí podría intentarse otro camino para explicar las dificultades que esta poesía suscita a los oídos contemporáneos, ya no fuera de México, sino también allí, dentro del mismo espacio físico que la contempló nacer un día. Tales dificultades atañen a aspectos que se considerarían puramente formales, y que no corresponden, por sí solos, a una manera más profunda como Ramón López Velarde debió entender el acto de la poesía.

Dentro de la obligada ubicación en etapas o escuelas literarias, se dice que la poesía de López Velarde representa una superación del modernismo, y así, nos aparecería, en su reacción contra dicho movimiento, con ciertas tonalidades de intimidad y de transparencia de la emoción, que, si no totalmente ausentes, por lo menos no representan el ambiente propio en los poetas modernistas. La poesía modernista —en lo que tiene de artificial

y de ornamental, que no es solamente eso— traduce una orgía en la que las palabras danzan en medio de un júbilo sensual. Apartemos del pensamiento versos como los del "Poema del Otoño" de Rubén Darío y digamos, repitamos que hay mucho de sonoridades y valores plásticos, y por lo tanto de sensualidad formal, en la poesía de los modernistas. Sucede que la poesía de Ramón López Velarde corresponde también a los sentidos, pero expresa, en oposición a esa otra, no tanto el arrebató exterior sino la penumbra o drama de ellos. Es su acento más característico.

Ramón López Velarde había nacido en un año que también para la historia literaria sirve, por simple casualidad, como fecha inicial de las escuelas modernistas con la publicación de *Azul*. Pero cuando, antes de 1915, da a conocer los poemas que formaron el volumen de *La sangre devota*, ya era visible, por lo menos en apariencia, el apartamiento que algunos poetas realizaban de las maneras más fáciles de advertir en el modernismo. Precisamente en ese año su compatriota Enrique González Martínez reproduce al frente de un nuevo libro el soneto "La muerte del cisne" que ha sido cele-

brado como que en él se anuncia una nueva actitud poética, la del buho, que, ajeno a la gracia del cisne, atiende al silencio nocturno y en él clava la mirada esperando llegar al alma de las cosas. Si el buho de la poesía de González Martínez cumplió su cometido, es asunto que por el momento no nos atañe.

Superación del modernismo, sí, pero escrita en esos mismos años en los que algunos hombres hispanoamericanos llevaban adelante esa renovación cultural de méritos indiscutibles, la poesía de Ramón López Velarde debía fatalmente arrastrar algunas huellas, palabras, imágenes, en las que no podría desconocerse la influencia de uno o dos poetas modernistas. Sabemos de su admiración por Leopoldo Lugones, a quien consideraba como el más grande poeta del idioma. La estética pregonada a través de los versos del *Lunario sentimental* iluminaba entonces, como en una noche de fuegos artificiales, el corazón de los jóvenes poetas del continente, despertándoles un afán insaciable de originalidad que a menudo conducía, como en sus maestros, al rebuscamiento y a la exageración. El poeta argentino usaba y abusaba de sus dotes geniales, de su aptitud extraordinaria para una vistosa gimnasia poética. Las metáforas en derroche y la adjetivación desconcertante constituyen el orgullo de la escuela. Se advierte más de un eco de Jules Laforgue. Hay otros rasgos: la gracia de la línea, lo estafalario, el humor, e inclusive, el intento de animar lo inanimado, lo cual ha permitido afirmar que por primera vez aparecen en poesía española, antes de que se expusiese la teoría, obras representativas de la deshumanización del arte. No puede tampoco dejarse de citar aquí al uruguayo Julio Herrera y Reissig y su desenfreno metafórico. Otro nombre, el del colombiano Luis Carlos López, merece explicación aparte.

¿Podría decirse que son Lugones o Herrera y Reissig las influencias de la poesía de Ramón López Velarde? Supongo que quienes así llegaren a pensar, movidos por las anteriores palabras, lo harían con evidente ligereza y que su juicio sólo obedecería, reiterado, a una rutina de catalogaciones y de conceptos rápidos y fáciles a la que desafortunadamente estamos siempre propensos, más quizá por inercia que por intención mezquina de empequeñecer a alguien. Pero estas influencias las han señalado, y la cuestión, tal como pretendo plantearla, debe quedar suficientemente clara y no propiciar estos equívocos. Nada puede ser tan injusto como aquellas opiniones sobre un poeta, o sobre un artista cualquiera, que con aparente aire vano de frialdad crítica, pretenden disminuir el valor de su obra queriendo encontrar en ella herencias y en él una simple aptitud de discípulo. Premeditadas o no, tales opiniones deberían merecer siempre nuestra reprobación más áspera, sobre todo por la estupidez inevitable a que conduce su engaño.

Para mencionar sólo a Lugones, es innegable que Ramón López Velarde aprendió de él el gusto por la imagen súbita y que su adjetivación procede de la misma fuente. En algunas expresiones lugonianas pretendía hallar una consumación de Góngora, también objeto de su mayor admiración. López Velarde demostraba, así, su entusiasmo apasionado por la novedad, belleza y dificultad de

(Pasa a la pág. 8)

## UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

## REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Jefe de redacción:

Juan Martín.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:  
"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,  
Ciudad Universitaria, Obregón, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Suscripción anual: „ 10.00

## PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

NOTA: Las presentes páginas apenas recogen una serie de referencias que, con mayor unidad, podrían acaso mostrarnos varios rasgos comunes a la poesía mexicana moderna. Se reducen, sin embargo, a tres poetas, sin que en ninguna forma tal limitación pueda entenderse como una sugerencia de que ellos representan las peculiaridades esenciales de la poesía de México en estos años. Un propósito semejante demandaría el estudio de la obra de otros poetas, o, lo que parece más acertado, el de aquellos aspectos que pueden considerarse como característicos, por su reiteración o singularidad, de esa poesía. Entre aquellos nombres de la poesía mexicana contemporánea —que se inicia, precisamente, con Ramón López Velarde— habría que añadir, aparte de los indispensables de Tablada y González Martínez, varios entre los cuales se piensa, en un primer momento, en Alfonso Reyes, maestro él sí indiscutible. Y en Carlos Pellicer. Y en Gorostiza. La enumeración es seguramente incompleta: Ortiz de Montellano, Torres Bodet, Cuesta, Novo, Owen, Huerta, Beltrán, Chumacero, Guadalupe Amor... Otros, no por recientes merecerían olvido. Pero si lo indicado fuese, como se ha dicho, un análisis de las notas fundamentales de la poesía de México, a partir de 1920, al lado de temas como los que aquí se tratan —por ejemplo, el de la solución que algunos de sus poetas han dado a las tesis de la poesía pura y del irracionalismo— habría que añadir otros tópicos de la poesía de México, como el tan discutido, desde unas palabras de Pedro Henríquez Ureña, de la calidad crepuscular de ella, o aquel otro relativo a una comparación entre poesía y pintura mexicanas con que algunos intentan, en vano, disminuir los valores de aquella. Imagino, quisiera que no hubiese una total falta de unidad en estos trabajos. ¿Podría establecerse una línea continua, no obstante las numerosas divergencias, entre el conflicto espiritual de Ramón López Velarde y el de Xavier Villaurrutia? ¿Y a través de la afirmación de éste, de la supremacía de la imaginación, prolongada en la obra de Octavio Paz? Así ocurriría, como a veces, en la vida, a pesar de la diversidad de los rostros, es posible reconocer en otra distinta mirada una misma huella silenciosa.

F. CH. L.

sino como era él cuando la percibió, antes que nadie, en las profundidades insondables del mundo.

Sabía. Y en la certidumbre de que no podía perder su vida habiéndola apostado sin trampas, dejó que la escondida fórmula de su esperanza le subiera del corazón a los labios, sin importarle que llegara a oídos de alguien para quien fuera motivo de risa.

Sus viejos labios murmuraron con gozo: "Por siempre Amor".

Había resuelto que esa misma noche, sin falta, ella lo soñaría para no olvidarlo nunca.

Entretanto la mañana transparente se poblaba de mujeres espléndidas. Y acaso vistas a la luz de un presentimiento impaciente, muchas de ellas también habrían reproducido sin violencia los rasgos más deseables de un sueño absurdo.

Pero el hombre no alcanzó ni siquiera a sospecharlo durante sus últimos pasos hacia la evasión definitiva.

## TRES POETAS MEXICANOS

(Viene de la pág. 2)

la forma poética. Sigue, en este único aspecto, al maestro argentino. ¡Pero qué lejos está la poesía de Leopoldo Lugones, tan deslumbrante como se la quiera, y al mismo tiempo tan inexpressiva, tan diamante y tan glacial, de esta otra dramática poesía lírica! Es indudable, sí, que algunos años habían corrido cuando en 1921 se publica *Zozobra*, segundo volumen poético de López Velarde, y puede decirse ya, con exactitud que ahora resalta, de la superación lograda sobre el modernismo.

Las dificultades que presenta la poesía de López Velarde, o, mejor diría, el rechazo que a veces ella suscita, en el extranjero como en su país, se origina, no en sus peculiaridades nacionales, sino en aquellas metáforas y adjetivación que en su tiempo fueron una moda y hoy ya no lo son. La moda, máscara de la muerte la llamó Apollinaire. Metáforas y palabras inesperadas no constituyen, sin embargo, parte principal en la poesía de Ramón López Velarde. Lo principal en esta poesía, es su inesperado ardor último.

Se ha citado también a Luis Carlos López como antecedente de algunos poemas de Ramón López Velarde. Son aquellos que retratan aspectos de la vida provinciana del centro de México y que se encuentran más fácilmente en *La sangre devota* que en *Zozobra*, libro este último el más importante del poeta. También, en este aspecto, se habla de la influencia del poeta mexicano Francisco González León (1862-1945). Acaso, por cuestión simplemente de temas, se diga que los versos de Luis Carlos López son un antecedente en el tiempo, pero nada más. Muchos encuentran en los poemas del poeta cartagenero un modelo de ironía poética y de sátira social. Otros, simplemente, los entienden como una interesante reacción criolla contra el exotismo de los modernistas. Esto último parece ser lo más aproximado, y no incurramos en exageraciones que tampoco, a la postre, han de favorecer a nadie. Limitémonos ahora a decir que los versos de Luis Carlos López no pertenecen propiamente a la poesía lírica. Y que no pueden constituir, por consiguiente, una influencia valorable dentro de la posterior obra de un poeta lírico.

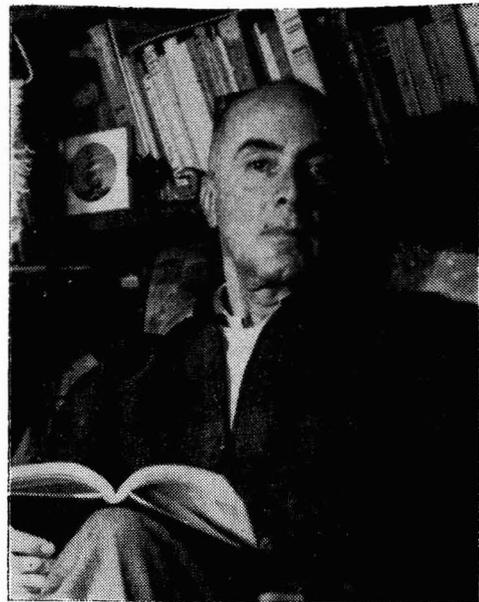
Aparte del reconocimiento tácito que envuelve el exagerado elogio a Leopoldo Lugones, reconocimiento de una influencia que hoy podemos apreciar mejor, desde la distancia, limitada a procedimientos formales, Ramón López Velarde entendía la lectura de Baudelaire como un hecho de tanta importancia para su vida, como que había sido uno antes y otro

hombre después de ella. ¿Es posible que haya sido así? No existen motivos para pensar que quiera llevarnos a engaño cuando nos habla del asunto en un tono de insospechable veracidad. Mas corresponde al juicio ajeno definir hasta dónde puede ser valedera esta apreciación autocrítica, y en ello solamente nos interesa lo que tenga una realidad palpable dentro de la obra del poeta.

Me atrevo a pensar que críticos muy eminentes han exagerado, a pesar de su habitual exactitud, la influencia de *Las flores del mal* en la poesía de Ramón López Velarde. La confesión misma del poeta ("entonces era yo seminarista — sin Baudelaire, sin rima y sin olfato") ha debido inducirlos a hallar en sus versos una relación de más con los de Baudelaire. Y algunos poemas, en los que López Velarde trata aspectos que aparecen en Baudelaire, como el hastío, la muerte, la nada, el fracaso, la voluptuosidad, la melancolía, pero que no son exclusivos del incomparable poeta francés, los han confirmado en su punto de vista. Es verdad que en algunos poemas de López Velarde se reconoce, en su dramatismo, aquel otro acento. Se nos presenta con un singular escalofrío, heredero indudable del "nuevo estremecimiento" que —según Hugo— Baudelaire había aportado al arte y que entró, por lo mismo, en el ambiente general de la poesía, más o menos moderna. Hay en dichos poemas una determinada forma de desplegarse el verso, una que otra palabra, y, aún más, una sensación de espanto lograda en las líneas finales del poema. Hasta se diría que es, en ellos, un poeta baudelairiano. Como otros poetas, en algunos poemas, lo han sido también. Pero ello no nos debe inducir al error de considerar en Ramón López Velarde una serie de correspondencias con la poesía de Baudelaire.



"González Martínez cumplió su cometido"



"expresión muy diferente la de Carlos Pellicer"

Un tema reiterado de la poesía de López Velarde dió origen a que Xavier Villaurrutia haya hablado de él y de Baudelaire como de dos protagonistas de un mismo, de un hondo drama del espíritu: el de la lucha entre la sensualidad y la religiosidad. Villaurrutia, en aquel bello ensayo, de forzosa referencia cuando se trate, así pasen los años, del poeta que nos ocupa, dice: "Bien pronto se dio cuenta de que en su mundo interior se abrazaban en una lucha incesante, en un conflicto evidente, dos vidas enemigas, y con ellas dos aspiraciones extremas que imantándolo con igual fuerza lo ponían fuera de sí... Con una lucidez magnífica, comprendió que su vida eran dos vidas... Cielo y tierra, virtud y pecado, ángel y demonio, luchan y nada importa que por momentos venzan el cielo, la virtud, y el ángel, si lo que mantiene el drama es la duración del conflicto, el abrazo de los contrarios... En vez de borrar uno de los dos aspectos contradictorios de su ser, aprende a hacerlos convivir dentro de sí fomentando un incesante diálogo, un conflicto que se nutre de sí mismo. De este modo concilia monoteísmo y poligamia, Cristo y Mahoma." No voy a recordar los versos en que López Velarde plantea su religiosidad y su erotismo y su "afán temerario de mezclar tierra y cielo". Bástanos estas palabras de una página suya en prosa: "Yo se que aquí han de sonreír cuantos me han censurado no tener otro tema que el femenino. Pero es que nada puedo entender ni sentir sino a través de la mujer. Por ella, acatando la rima de Gustavo Adolfo, he creído en Dios; sólo por ella he conocido el puñal de hielo del ateísmo. De ahí que a las mismas cuestiones abstractas me llegue con templeamento erótico."

El ardoroso erotismo lírico es nota fundamental de la poesía de López Velarde, y vale por sí solo, poéticamente, aparte de su coexistencia con anhelos religiosos. El amor y la poesía se confunden en la obscuridad de sus orígenes y en el desgarramiento con que se expresan. No es freudismo simple, sino tesis admitida aun por escritores espiritualistas, la de que en el nacimiento de la poesía descubrimos a menudo una compensación que la vida otorga al hombre, cuando el amor es, como ocurre frecuentemente, la privación misma de él, de su comunión corporal. Cuando el amor es una ausencia llega a ser, a veces, la

poesía. De estas relaciones misteriosas nos da asimismo testimonio aquella voluptuosidad fúnebre que, en el amor y en la poesía, constituye la obsesión de la muerte. De ahí que con razón se repita frecuentemente que el destino, la mujer y la muerte, son los temas eternos de toda poesía. La obsesión de ellos constituye la realidad más entrañable de que surge la obra de un poeta de definido temperamento erótico y de evidente formación religiosa, como fue Ramón López Velarde. Y el drama llega, en él, inevitablemente. El drama de la carne y el alma: "Me parece que por amar tanto — voy bebiendo una copa de espanto." Creo, no obstante, que Xavier Villaurrutia exagera la influencia de Baudelaire en López Velarde. En su admiración por el poeta mexicano, Villaurrutia quería para él una mayor influencia de Baudelaire y de su angustia. Un día escribió: "Explicando o tratando de explicar la complejidad espiritual de Ramón López Ve-

tro poeta no parecen haber sido, como en Baudelaire, los de tener o no fe, o, más exactamente, los que se derivan de una ausencia, a pesar suyo, de un credo religioso. Cuando más vacila, López Velarde lo hace al amparo de su fe.

Para adelantarme a una objeción que ya figura en el ensayo de Xavier Villaurrutia, diré que no hablo de sus sentimientos religiosos como de sentimientos simples. El combate entre la religiosidad y la lujuria, al que asistió Ramón López Velarde con tan plena conciencia, descarta, ahora y siempre, suposición semejante. Lo único que quisiera decir es que, a través de sus poesías (en la prosa citada nos habla de haber conocido "el puñal de hielo del ateísmo") no nos aparece haber vivido el total problema religioso de Baudelaire, que es un problema de religión o de ausencia de religión, sino más exactamente un problema que nace, con el tormento de la carne, cuando se está seguro de una convicción religiosa.



—Leopoldo Méndez

"el proceso inicial de la Revolución Mexicana"

larde, no hacía sino ayudarme a descubrir y a examinar, al mismo tiempo, mi propio drama." Que en Villaurrutia debía ser, indudablemente, el de la lucha entre la inteligencia y los sentidos.

Baudelaire siente cómo se agitan en él las pasiones y las dudas, y la lucidez extraordinaria de esta contemplación, que alguien puede confundir con el delirio, lo conduce a un total escepticismo: "Yo deseo con todo mi corazón creer que un ser exterior e invisible se interesa en mi destino, pero ¿cómo hacer para creerlo?" Puede que en su poesía existan nociones cristianas como la del pecado y la del remordimiento, abonadas por algunos escritores. Pero su profundo y difícil acento religioso, que sí existe de alguna manera, es otro. Si hay en sus poemas una plegaria, es la de la desesperación. Es casi un imposible concebir un espíritu religioso sin esperanza. Baudelaire no la tuvo jamás. Imaginamos en él, tan preocupado por la suerte final del hombre, a un místico sin religión. Y éste, para volver a nuestro tema, no era el caso preciso de Ramón López Velarde. La preocupación y drama espiritual de nues-

tro poeta ya se ha anotado, la poesía de Ramón López Velarde se dió a conocer en México hacia los años 1910-1915 y por ello es, en su aparición en los medios literarios, contemporánea de la de otro notable poeta mexicano, de expresión muy diferente, Carlos Pellicer. Con estos dos nombres ya puede decirse, como con frecuencia se anota, que se inicia la poesía moderna de ese país. Mas para proceder con mayor exactitud y justicia habría que añadir otro, el de un precursor indudable, por temperamento y obra, de cierto ambiente y algunas formas de dicha poesía. Quiero referirme a José Juan Tablada (1871-1945), cuya figura, a pesar de las tachas de versatilidad y cosmopolitismo que se le formulan, nos aparece cada vez más nítida en el carácter anotado. Por esa época, al parecer, dominaba la poesía mexicana el constante verso noble —pero, por reiterado, sin fulguraciones— de Enrique González Martínez. Tablada es la novedad y la aventura. Existen, tal vez, mutuas influencias entre él y Ramón López Velarde, no directamente reconocibles en sus poemas, sino en el espíritu que los alentaba. Lo

cierto es que de ellos parte la extraordinaria renovación de la poesía mexicana llevada años más adelante por el grupo de *Contemporáneos* (revista publicada entre 1928 y 1931), cuya obra se difundió en el mundo hispanoamericano de hace veinte años con gran entusiasmo y fervor que correspondían a la innegable importancia de esos poetas. A través de ellos y de su formidable labor de contacto y divulgación de otras literaturas —francesa, norteamericana e inglesa, principalmente— así como del ejemplo admirable de la generación española de 1925 y del que se desprende de otros poetas de nuestros países, se ha formado una concepción de la poesía cuyo predominio gana aún vigencia, sin que, por el momento, parezca que se aproxime su término. Sensibilidad y lenguaje poéticos de hoy nos dan testimonio de esta permanencia.

Una observación última quisiera formular. Nos la ofrece el marco histórico en que fue escrita esta poesía. México vivía entonces una de las etapas más importantes en el desarrollo de su historia política. Durante esos años —1910 a 1920— se cumple dolorosa, dramáticamente, el proceso inicial de la Revolución Mexicana. La obra revolucionaria ennoblecce, con el sentido de la justicia y el progreso, la vida nacional. Pero, mientras se impone, hay, extendida por el país, una larga lucha llena de fuego y de violencia. Este ambiente social no se vislumbra para el lector de los versos de Ramón López Velarde. Ellos parecen ser extraños al temblor de aquel tiempo trágico y hermoso. Sin embargo, no le son del todo ajenos. ¿Interesaría, al respecto, conocer el juicio del poeta acerca de los nuevos hechos y de las circunstancias en que éstos se desarrollaban? Tales juicios, advertidos de lejos y en forma muy vaga, no deben haber sido de simpatía. A pesar de ello, la poesía de López Velarde nos muestra un gran afán de revelación y de expresión de lo mexicano, lo cual indica que, al fin y al cabo, está profundamente compenetrada del espíritu de aquella época, que, anhelante, toma por primera vez conciencia en la pasión y en el descubrimiento de lo propio.



Los padres del poeta a raíz de su matrimonio